

de S. M.; el haber entrado en conspiraciones con el Inca; y finalmente, el haber desposeído de la ciudad del Cuzco al gobernador nombrado por la corona. Por estos cargos fue condenado á muerte como traidor, debiéndosele cortar la cabeza en la plaza pública. Quiénes fueron los jueces ó cuál el tribunal que le condenó no lo sabemos, pero en realidad todo el juicio fue una burla, si juicio puede llamarse aquel en que el acusado está completamente ignorante de la acusación.

Notificósele la sentencia por medio de un fraile comisionado al afecto. El desdichado Almagro, que todo este tiempo había estado, por decirlo así, durmiendo al borde de un precipicio, no pudo al principio comprender la naturaleza de su situación. Recobrándose, sin embargo, del primer susto dijo: «que era imposible que se le hiciese tal agravio y que no quería creerlo;» y suplicó á Hernando Pizarro que le concediese una entrevista. Hernando, á quien no desagradaba presenciar la agonía de su cautivo, consintió en ello, y Almagro, abatido ya por sus desgracias, se humilló hasta el punto de pedirle la vida con las más encarecidas súplicas. Recordóle sus antiguas relaciones con su hermano, y los favores que le había hecho, así como á su familia en los primeros años de su carrera: habló de sus reconocidos servicios al país, y suplicó á su enemigo «que perdonase sus canas y no privase de la poca vida que le quedaba á un hombre de quien nada tenía ya que temer.» A esto contestó Hernando friamente que «extrañaba ver á Almagro portarse de una manera tan poco digna de un valiente caballero; que su suerte no era peor que la de otros muchos soldados que habían muerto antes que él, y que pues debía á Dios la gracia de haber nacido cristiano, estaba obligado á emplear los momentos que le quedaban en mirar por su alma (1).»

No por eso guardó silencio Almagro. Ponderó el servicio que había hecho al mismo Hernando; díjole «que bien triste era la recompensa que le ofrecía por haberle perdonado la vida en ocasión reciente y en circunstancias idénticas cuando una y otra vez los que le rodeaban le habían aconsejado que se la quitase;» y concluyó amenazándole con la venganza del emperador, que no dejaría impune semejante ultraje hecho á una persona que tan señalados servicios había prestado á S. M. Todo fue en vano: Hernando terminó bruscamente la conferencia, replicando que «su suerte era inevitable y que debía prepararse para sufrirla (2).»

Almagro, viendo que no hacían impresión sus palabras en el férreo corazón de su vencedor, pensó seriamente en el arreglo de sus negocios. Según los términos de la real concesión, estaba autorizado para nombrar sucesor. En su consecuencia designó como tal á su hijo, y nombró á Diego de Alvarado, en cuya integridad tenía gran confianza, administrador del territorio, durante la menor edad de aquel. Dejó por heredero de todas sus propiedades y posesiones en el Perú, de cualquiera clase que fuesen, á su amo el emperador, afirmándole que no estando arregla-

(1) «I que pues tuvo tanta gracia de Dios que le hizo cristiano, ordenase su alma i temiese á Dios.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. V, cap. I.

(2) Herrera, Hist. general, ubi supra.—El mariscal apeló de la sentencia de sus jueces á la corona, suplicando á su vencedor (dice el tesorero Espinall en su carta al emperador) en términos que hubieran movido á compasión el corazón de un infiel. «De la qual el dicho adelantado apeló para ante V. M. i le rogó que por amor de Dios hincado de rodillas le otorgase la apelación, diciéndole que mirase sus canas é vejez á quanto había servido á V. M. i que él había sido el primer escalon para que él i sus hermanos subiesen en el estado en que estaban, i diciéndole otras muchas palabras de dolor é compasión que despues de muerto supe que dixo, que á qualquier hombre, aunque infiel, moviera á piedad.» Carta, MS.

das sus cuentas con Pizarro, aun se hallaban en poder de este jefe muchos bienes que le pertenecían. Con este político legado esperaba asegurar la protección del emperador para su hijo y un exámen minucioso de la conducta de su enemigo.

La noticia de la sentencia de Almagro produjo sensación profunda entre los habitantes del Cuzco. A todos sorprendió que un hombre investido de una autoridad provisional y limitada se atreviese á formar causa á una persona de la categoría de Almagro. Pocos hubo que no recordasen algún acto de generosidad ó benevolencia del desdichado veterano, y aun á los que habían proporcionado materiales para la acusación, sorprendidos por el trágico resultado que ofrecían, se les oyó acusar de tiránica la conducta de Hernando. Algunos de los principales caballeros, y entre ellos Diego de Alvarado, á cuya intercesión, como hemos visto, debió Hernando Pizarro su vida cuando estaba prisionero, se presentaron á él para disuadirle de tan arbitrario y atroz proceder. Todo fue en vano: sin embargo, sus reclamaciones produjeron el efecto de que se cambiase el modo de ejecución, y que esta fuese en la prisión en vez de verificarse en la plaza pública (3).

En el día señalado se formó en la plaza un fuerte piquete de arcabuceros, y se doblaron las guardias á las inmediaciones de las casas donde habitaban los principales partidarios de Almagro. El ejecutor, seguido de un eclesiástico, entró ocultamente en la prisión, y el desgraciado Almagro, despues de haberse confesado y recibido el sacramento de la comunión, se sometió sin resistencia á la pena de garrote. ¡Así murió oscuramente en el lúgubre silencio de un calabozo el héroe de cien batallas! Su cadáver fue llevado á la plaza, donde en cumplimiento de la sentencia se le separó la cabeza del cuerpo. Un heraldo anunció en alta voz la naturaleza de los crímenes por que había sido sentenciado; los restos mortales fueron conducidos á la casa de su amigo Hernán Ponce de León, y al siguiente día se le trasladó con toda la solemnidad debida á la iglesia de nuestra Señora de la Merced. Entre los principales del duelo se hallaban también los Pizarros. No dejó de notarse que su hermano había honrado de un modo semejante la memoria de Atahualpa (4).

Almagro en la época de su muerte no pasaba probablemente de setenta años de edad; pero es difícil fijar esta circunstancia con exactitud, porque Almagro era expósito, y como tal la historia de su infancia está envuelta en la oscuridad (5). Tenía por naturaleza muchas cualidades excelentes; y sus defectos, que no eran pocos, estaban regularmente disculpados por las circunstancias de su situación. Porque cuando se trata de calificar un yerro ¡cuán atenuantes no son las circunstancias de expósito, sin padres, sin amigos, sin maestros que le dirijan en su infancia, pobre barquilla arrojada en el Océano de

(3) Carta de Espinall, MS.—Montesinos, Anales, MS. año 1538.

El obispo Valverde, según él mismo asegura al emperador, se presentó á Francisco Pizarro en Lima, y reclamó se hiciese contra toda violencia al mariscal, diciéndole que su deber exigía imperiosamente que marchase su persona al Cuzco y le pusiese inmediatamente en libertad. «Era un asunto demasiado grave, añade justamente, para confiarlo á terceras personas.» (Carta al emperador.) El tesorero Espinall, que entonces se hallaba en el Cuzco, hizo también esfuerzos, aunque sin fruto, para disuadir á Hernando de su propósito.

(4) Carta de Espinall, MS.—Herrera, Historia general, loc. cit.—Carta de Valverde al emperador, MS.—Carta de Gutiérrez, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Montesinos, Anales, MS., año de 1538.

No se dice la fecha de la ejecución de Almagro; omisión extraña por cierto, pero poco importante, pues el suceso debió verificarse á muy luego de dada la sentencia.

(5) Ante, tomo I, pág. 125.

la vida, y flotando entre rocas y escollos, sin una mano amiga que se estienda para mostrarle el rumbo ó para salvarla! El nombre de expósito es una disculpa de muchas, de muchísimas faltas que se cometen en edad avanzada (1).

Era hombre de pasiones fuertes y no muy acostumbrado á dominarlas (2); pero habitualmente no era vengativo ni cruel. Ya he hablado de una atrocidad que cometió con los indígenas; pero de semejante insensibilidad para con los indios participaban muchos de los españoles más instruidos. Sin embargo, los indios por convicción propia dieron testimonio de su ordinaria humanidad declarando que entre los blancos no habían tenido mejor amigo que él (3). En realidad, lejos de ser vengativo era clemente, y cedía pronto á los consejos de los demás. Esta facilidad en ceder, que era el resultado de su bien intencionada credulidad, le hizo muchas veces víctima de astutos engañadores, y mostraba ciertamente que carecía de esa confianza en sí mismo propia de los hombres de gran energía de carácter. Sin embargo, su genio abierto y su generosidad le granjearon popularidad entre sus soldados. Era tan generoso que comúnmente rayaba en prodigio. Cuando entró en la campaña de Chile prestó cien mil ducados de oro á los caballeros más pobres para que se equipasen, y despues les perdonó la deuda (4). Era también gastador hasta la ostentación; pero su estravagancia no le perjudicaba entre los aventureros del ejército con quienes la prodigalidad es más popular que una estricta y bien calculada economía.

Era buen soldado, prudente y cuidadoso en sus planes, paciente é intrepido en la ejecución. Su cuerpo estaba cubierto de cicatrices de heridas recibidas en las batallas, de modo que la natural fealdad de su persona se había convertido casi en deformidad. No debe juzgarse por su última campaña, cuando abatido por la enfermedad cedió al genio superior de su rival sino por muchas expediciones por tierra y por mar para la conquista del Perú y del remoto Chile. Sin embargo, puede dudarse que poseyese aquellas cualidades poco comunes, ya como guerrero, ya como hombre particular, que en circunstancias ordinarias son capaces de distinguir á una persona entre las demás. Era uno de los tres, ó por mejor decir de los dos socios, que tuvieron la fortuna y la gloria de hacer uno de los más portentosos descubrimientos del mundo occidental; y su nombre participa en gran manera del crédito que logró el de Pizarro, porque si bien no acompañó á este jefe en sus peligrosas expediciones, contribuyó tanto como él á su buen éxito con sus esfuerzos en las colonias.

Sin embargo, su conexión con Pizarro apenas puede considerarse que fuese una circunstancia afortunada en su carrera. La unión entre dos individuos para descubrir y conquistar no es fácil que sea muy escrupulosamente observada, especialmente

(1) Montesinos, á falta de mejor genealogía, dice: «Era hijo de sus grandes hechos, y tales han sido los padres de muchos héroes famosos.» (Anales, MS., año de 1538.) Apurado debía verse un castellano no pudiendo sacar algo parecido á genealogía, aunque fuese un tanto oscura.

(2) «Hera un hombre muy profano, de muy mala lengua, que en enojándose tratava muy mal á todos los que con él andavan, aunque fuesen caballeros.» (Descub. y Conq., MS.) Este retrato es de mano de un enemigo.

(3) Los indios lloraban amargamente, diciendo, que de él nunca recibieron mal tratamiento.

(4) Si hemos de dar crédito á Herrera, distribuyó ciento ochenta cargas de plata y veinte de oro entre sus soldados. «Mandó sacar de su posada más de ciento y ochenta cargas de plata i veinte de oro, i las repartió.» (Dec. V, lib. VII, capítulo IX.) Una carga era lo que un hombre podía llevar con facilidad. Semejante aserción se resiste á nuestra credulidad pero es difícil señalar los límites de nuestra credulidad en lo que concierne á esta tierra de oro.

por hombres más acostumbrados á gobernar á los demás que á gobernarse á sí mismos. Si no se suscitan antes motivos de discordia, es seguro que se suscitarán cuando llegue el caso de repartir el botín. Pero había razones particulares que hacían imposible la buena inteligencia entre estos dos asociados, porque el carácter franco, ardiente y confiado de Almagro no se avenía con la política fría y astuta de Pizarro, y siempre que sus intereses estuvieron en oposición el primero fue engañado por el segundo.

A pesar de todo, puede atribuirse á culpa del mismo Almagro la catástrofe que terminó su existencia. Cometió en efecto dos yerros capitales. El primero fue tomar posesión del Cuzco por medio de las armas. No era este el modo de determinar la línea divisoria: esta debía haber sido objeto de una sentencia de árbitros, y si en árbitros no había confianza, de una apelación á la corona. Pero una vez tomadas las armas, no debía haber recurrido á las negociaciones y mucho menos á las negociaciones con Pizarro. Este fue su segundo y grande error. Conocía bastante á Pizarro para saber que no debía fiarse de él. Se fió sin embargo y pagó su confianza con la vida.

CAPITULO III.

Pizarro visita de nuevo al Cuzco.—Hernando vuelve á Castilla.—Su larga prisión.—Comisionado enviado al Perú.—Hostilidades con el Inca.—Activa administración de Pizarro.—Gonzalo Pizarro.

1539—1540.

El marques Francisco Pizarro volvió, como hemos visto, á Lima cuando su hermano salió en persecución de Almagro. Allí esperó con ansia el resultado de la campaña, y al recibir la agradable noticia de la victoria de las Salinas, hizo inmediatamente sus preparativos para marchar al Cuzco. En Xauxa, sin embargo, le detuvo largo tiempo el desorden en que se hallaba el país y mucho más su repugnancia á entrar en la capital del Perú mientras estaba pendiente la causa de Almagro.

En Xauxa recibió á Diego, el hijo del mariscal, que había sido enviado á la costa por Hernando Pizarro. Acosaban al jóven los más tristes presentimientos respecto á la suerte de su padre, y suplicó al gobernador no permitiese que por su hermano se cometiese ningún acto de violencia contra el autor de sus días. Pizarro, despues de recibir á Diego con aparente bondad, le dijo que cobrase ánimo, que no se le haría ningún daño (5); y añadió, que esperaba renovar en breve los lazos de su antigua amistad. El jóven, consolado con estas palabras, tomó el camino de Lima, donde por orden de Pizarro fue recibido en su casa y tratado como hijo.

Las mismas promesas respecto á la seguridad del mariscal hizo el gobernador al obispo Valverde y á algunos de los principales caballeros que se interesaron en favor del preso (6). Todavía detuvo Pizarro por más tiempo su marcha á la capital; y cuando la volvió á emprender, apenas había pasado el río de Abanca, recibió las nuevas de la muerte de su rival. Manifestó sorprenderse mucho con la noticia; todo su cuerpo se agitó y permaneció por algunos instantes con los ojos fijos en tierra, dando señales de la mayor emoción (7).

(5) «I dixo que no tuviese ninguna pena, porque no consentiria que su padre fuese muerto.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. III.

(6) «Que lo haria así como lo decia, i su deseo no era otro sino ver el Reino en paz; i que en lo que tocaba al adelantado, perdiese cuidado, que bolberia á tener el antigua amistad con él.» Herrera, Historia general, dec. VI, lib. IV, capítulo IX.

(7) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.
Derramó muchas lágrimas, según dice Herrera, el cual

Esto es lo que dicen sus amigos; pero lo mas probable es que estuviere perfectamente enterado de lo que pasaba en el Cuzco. Dicese que cuando terminó la causa, recibió un mensaje de Hernando, consultándole sobre lo que debía hacerse con el preso, y que respondió en breves palabras «que hiciese de » manera que el Adelantado no los pusiese en mas al » borotos (1). » Dicese también que Hernando, acusado despues por la irritacion que produjo la muerte de Almagro, se escudó con las instrucciones que aseguraba haber recibido del gobernador (2). Lo cierto es que Pizarro, durante su larga residencia en Xauxa, estuvo en constante comunicacion con el Cuzco; y que si, como le aconsejó con repetidas instancias Valverde (3), hubiera apresurado su marcha, podria fácilmente haber evitado la consumacion de la catástrofe. Como general en jefe, la suerte de Almagro estaba en sus manos; y por mas que sus partidarios aseguren su inocencia, el juicio imparcial de la historia le hace responsable, juntamente con Hernando, de la muerte de su socio.

Ni en su ulterior conducta mostró que le pesase en manera alguna de lo que se habia hecho. Entró en el Cuzco, dice un testigo presencial, entre el ruido de trompetas y chirimías á la cabeza de sus caballeros, vestido con el rico traje que le habia enviado Cortés, y con el gozoso y altivo continente de un vencedor (4). Cuando Diego de Alvarado se dirigió á él para reclamar el gobierno de las provincias del Sur, en nombre del jóven Almagro, cuyo padre, como hemos visto, le habia encomendado á su proteccion, respondió que «el mariscal por su rebelion habia » perdido todo derecho al gobierno. » Y cuando Alvarado volvió á instarle sobre el asunto, terminó bruscamente la conversacion, declarando «que su territorio se extendia por todas partes hasta Flandes (5). » queriendo sin duda con esta jactanciosa salida manifestar que no sufriria rival en las costas del Perú.

Por esto habia mandado recientemente relevar á Benalcázar, el conquistador de Quito, de quien le habian informado que aspiraba á constituir un gobierno independiente. El emisario de Pizarro llevaba orden para llevar al culpado á Lima; pero Benalcázar, despues de haber seguido su victoriosa carrera hácia el Norte, volvió á Castilla á solicitar del emperador el galardón de sus hazañas.

Mostróse también Pizarro extraordinariamente insensible á las quejas de los agraviados indios que invocaban su proteccion, y trató á los soldados de Almagro con manifesto desprecio, confiscando las tierras de los gefes y dándolas sin ceremonia á sus propios partidarios. Hernando con actos de liberalidad habia procurado atraer á su partido á algunos del bando opuesto, pero ellos no quisieron aceptar nada de un hombre, cuyas manos estaban manchadas con la sangre de su gefe (6). El gobernador no imitó la

evidentemente creó muy en ellas. *Ibid.*, dec. IV, lib. VI, cap. VII.—Conf., V, cap. I.

(1) Herrera, dec. VI, lib. VI, cap. VII.—«De todo esto, dice Espinall, fue sabidor el dicho gobernador Pizarro á lo que mi juicio i el de otros que en ello quisieron mirar alcanzo.» Carta de Espinall, MS.

(2) Herrera, *Hist. general*, dec. VI, lib. V, cap. I.—El testimonio de Herrera, es casi el de un contemporáneo, pues segun él mismo nos dice tomó sus noticias de la correspondencia de los conquistadores y de los datos que los propios hijos de estos le suministraron. Lib. VI, cap. VII.

(3) Carta de Valverde al emperador, MS.

(4) «En este medio tiempo vino á la dicha cibdad de Cuzco el gobernador don Francisco Pizarro, el cual entró con trompetas i chirimías vestido con ropa de martas, que fue el luto con que entró.» Carta de Espinall, MS.

(5) Carta de Espinall, MS.—«Muy asperamente le respondió el gobernador, diciendo que su gobernacion no tenia término, i que llegaba hasta Flandes.» Herrera, *Hist. general*, dec. VI, lib. VI, cap. VII.

(6) «Avia querido hacer amigos de los principales de Chi-

conducta de su hermano, y muchos se vieron reducidos á tal estado de pobreza que, demasiado altivos para esponer su miseria á la vista de sus vencedores, se retiraron de la ciudad y buscaron asilo en los vecinos montes (7).

Remuneró á sus hermanos tan ámpliamente, que escitó la murmuracion de sus mismos partidarios. Nombró á Gonzalo para el mando de una gran fuerza destinada á operar contra los indios de Charcas, pueblo guerrero que ocupaba el territorio asignado por la corona á Almagro. Gonzalo encontró obstinada resistencia en ellos; pero despues de algunos combates reñidos, logró someter aquella provincia. Fue recompensado, juntamente con Hernando, que le ayudó en la conquista, con un extenso territorio en las inmediaciones de Porco, cuyas productivas minas habian sido en parte laboreadas en tiempo de los Incas. Este territorio comprendia parte de las colinas argentíferas del Potosí que tantos tesoros han dado despues á Europa. Hernando conoció cuánto podia producir el terreno y comenzó á trabajar las minas en mayor escala que la adoptada hasta entonces, aunque no parece que intentase penetrar en los ricos filones del Potosí (8). Todavía debian trascurrir algunos años antes que los españoles descubriesen las canteras de plata que ocultaban los senos de aquellos montes (9).

La gran ocupacion de Hernando era entonces reunir una cantidad suficiente de riquezas para marchar con ellas á España. Cerca de un año habia trascurrido desde la muerte de Almagro, y ya era tiempo de que volviera á Castilla y se presentase en la corte, donde Diego de Alvarado y otros amigos del mariscal, que hacia tiempo habian salido del Perú, sostenian industriosamente las reclamaciones del jóven Almagro y pedian reparacion de los agravios hechos á su padre. Pero Hernando confiaba en su oro para desvanecer las acusaciones que se suscitaban contra él.

Antes de su partida aconsejó á su hermano que se guardase de «los hombres de Chile,» como se llamaban los soldados de Almagro, porque eran hombres desesperados que en nada repararian para vengarse. Díjole que no les permitiera reunirse, en cualquier número que fuese, á distancia de cincuenta leguas de su persona; porque si lo hacia, su condescendencia le seria fatal. Por último, le recomendó mucho que se rodease de una fuerte guardia, añadiendo: «porque no estaré yo aquí para velar por » vos.» Pero el gobernador se burló de estos que él llamaba vanos temores de su hermano, y le dijo que no temiese por su vida, pues «cada cabello de los » soldados de Almagro era una garantía de su seguridad (10).» No conocia como Hernando el carácter de sus enemigos.

le, y ofreciéndoles daria repartimientos y no lo havian aceptado ni querido.» Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, MS.

(7) «Viéndolos oy en día muertos de hambre, fechos pedazos é adeudados, andando por los montes desesperados por no parecer ante gentes, porque no tienen otra cosa que se vestir sino ropa de los indios, ni dineros con que lo comprar.» Carta de Espinall, MS.

(8) «Con la quietud, escribe Hernando Pizarro al emperador, questa tierra agora tiene han descubierta i descubren cada día los vecinos muchas minas ricas de oro i plata, de quintos y rentas reales de V. M. cada día se le ofrecen de que hacer cara á todo el mundo.» Carta al emperador, MS., Puerto Viejo 6 de julio de 1559.

(9) Carta de Carbajal al emperador, MS., del Cuzco 5 de nov. de 1559.—Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, Montesinos, *Annales*, MS., año de 1559.

Bien conocida es la historia de la manera en que se descubrieron las minas de Potosí por un indio, que arrancando un arbusto encontró muchos glóbulos de plata adheridos á las raíces. No se registró la mina hasta 1545. Acosta da noticia de ella en el lib. IV, cap. VI.

(10) Herrera, *Hist. general*, dec. VI, lib. VI, cap. X.—Zárate, *Conq. del Perú*, lib. III, cap. XII.—Gomara, *Hist. de las Indias*, cap. CXLII.

Embarcóse Hernando poco tiempo despues en Lima en el verano de 1539. No tomó la ruta de Panamá, porque habia oído que las autoridades intentaban detenerle allí. Dió un rodeo por Méjico; desembarcó en la bahía de Tehuantepec, y al pasar el estrecho que divide los grandes Océanos fue preso y conducido á la capital. Pero el virey Mendoza no se consideró con facultades para detenerlo y le permitió embarcarse en Veracruz y continuar su viaje. Todavía no consideró prudente aventurarse á entrar en España sin recibir nuevos avisos; y en su consecuencia se dirigió á una de las Azores, donde permaneció hasta que pudo entrar en comunicacion con la madre patria. Tenia amigos poderosos en la corte, y estos le animaron á que se presentase al emperador. Tomó su consejo y poco tiempo despues llegó sin novedad á las playas españolas (1).

La corte estaba en Valladolid: Hernando hizo su entrada en esta capital con gran pompa y desplegando todas sus riquezas de la India, pero halló una acogida mas fria de la que se habia figurado (2). Esto lo debió principalmente á Diego de Alvarado, que residia allí entonces, y que como caballero de noble estirpe y grandes relaciones, tenia considerable influencia. En otro tiempo, segun hemos visto, habia salvado mas de una vez con su oportuna intervencion la vida de Hernando, y habia consentido en la condonacion que este le hizo de una gran cantidad de dinero. Pero todo lo habia olvidado ante el recuerdo del agravio hecho á su general; y fiel á la confianza que este en la hora de su muerte habia depositado en él, habia vuelto á España para vindicar los derechos del jóven Almagro.

Mas aunque Hernando fue recibido al principio con frialdad, su presencia y la version que dió de la contienda con Almagro, unidas á los dorados argumentos que repartió con mano pródiga, detuvieron la corriente de indignacion, y la opinion de los jueces pareció por un momento en suspenso. Alvarado mas acostumbrado á la pronta y decisiva accion de un campamento que á las tortuosas intrigas de una corte, se irritó al ver tal dilacion y citó á Hernando para arreglar su disputa en singular combate. Pero su prudente adversario no tenia el menor deseo de esponer su causa á semejante prueba y el negocio terminó prontamente con la muerte del mismo Alvarado, acaecida cinco dias despues del desafio, muerte tan oportuna que naturalmente sugirió la sospecha de haber sido efecto de un veneno (3).

Sin embargo, no por eso se desvanecieron totalmente las acusaciones: eran demasiado arbitrarias las medidas tomadas por Hernando y demasiado grave el ultraje hecho al sentimiento público para que pudiera quedar sin castigo. Así, aunque no se le impusiese sentencia alguna formal, fue eucarcelado en la fortaleza de Medina del Campo, donde se le detuvo por espacio de veinte años, hasta que pasada ya casi una generacion y habiendo el tiempo corrido su suave velo sobre los hechos anteriores, se le permitió vivir en libertad (4) Pero siendo ya anciano y achacoso, y

«No consienta vuestra señoría que se junten diez juntos en cincuenta leguas alrededor de donde vuestra señoría estuviere, porque si los dexa juntar le han de matar. Si á vuestra señoría matan, yo negociaré mal y de vuestra señoría no quedará memoria. Estas palabras dixo Hernando Pizarro altas que todos le oyeron. Y abrazando al marques se partió y se fué.» Pedro Pizarro, *Descub. y Conq.*, MS.

(1) Carta de Hernando Pizarro al emperador, MS.—Herrera *Hist. General*, dec. VI, lib. VI, cap. X.—Montesinos, *Annales*, MS., año de 1539.

(2) Gomara, *Hist. de las Ind.*, cap. CXLIII.

(3) «Pero todo lo atajó la repentina muerte de Diego de Alvarado, que sucedió luego en cinco dias, no sin sospecha de veneno.» Herrera, *Historia general*, dec. VI, lib. VIII, capitulo IX.

(4) Quintana establece esta fecha apoyándose en un espe-

habiendo decaído considerablemente su espíritu, llegó entonces á ser un objeto de piedad mas bien que de indignacion. Raras veces, y mucho mas en Castilla, se ha hecho tan plenamente justicia contra culpados de tan alta categoría (5).

Hernando sobrellevó su larga prision con una igualdad de ánimo que si hubiera estado fundada en sanos principios le habria granjeado el respeto general. Vió morir unos tras otros á sus hermanos y parientes de quienes esperaba auxilio y consuelo; vió una parte de sus bienes confiscada, y por conservar la otra se halló envuelto en un costoso litigio (6); vió su fama oscurecida, su carrera terminada antes de tiempo y su persona desterrada, por decirlo así, en el centro de su propio país: y sin embargo, todo lo sufrió con ánimo constante y valeroso. Aunque ya era muy viejo cuando fue puesto en libertad, todavía sobrevivió muchos años, pues no murió hasta la edad extraordinaria de ciento (7). Vivió el tiempo suficiente para ver á amigos, rivales y enemigos todos llamados antes que él ante el tribunal de Dios.

Su carácter es bajo muchos conceptos digno de notarse. Era el mayor de los hermanos, con los cuales solo tenia parentesco por parte de padre, porque era hijo legítimo y de ilustre familia también por línea materna. En su temprana edad recibió buena educacion para lo que daban de sí los tiempos. Siendo todavía muy jóven fue llevado por su padre á Italia, donde aprendió el arte de la guerra á las órdenes del gran capitán. Es poco conocida su historia despues que volvió á España; pero cuando su hermano se abrió tan brillante carrera con el descubrimiento del Perú, Hernando consintió en tomar parte en sus aventuras.

Su hermano Francisco le tenia mucha deferencia, no solo por ser hermano mayor, sino por su superior educacion y su conocimiento de los negocios. Era de percepcion pronta, de grandes recursos y de gran vigor de accion. Aunque valeroso, era precavido, y sus consejos, cuando no les inspiraba la pasion eran prudentes y racionales. Pero tenia otros vicios que contrabalanzaban sus buenas cualidades. Su ambicion y avaricia eran insaciables; era altanero hasta con sus iguales é implacable en sus venganzas. Así, en lugar de auxiliar á su hermano en la conquista, fue el mal genio que oscureció su carrera. Desde el principio concibió un desprecio inmotivado hácia Almagro, á quien miraba como el rival de su hermano, en vez de considerarlo como lo que era, el fiel compañero de su fortuna. Tratóle con altivez, y con sus intrigas en la corte halló medio de hacerle sensibles agravios. Cayó en sus manos y estuvo á pique de pagarlos con la vida. Esto no pudo olvidarlo y aguardó con calma la hora de la venganza. Sin embargo; la ejecucion de Almagro fue el acto mas impolitico;

diente promovido por el nieto de Hernando en vindicacion del título de marques en 1625.

(5) Naharro, *Relacion sumaria*, MS.—Pizarro y Orellana, *Varones ilustres*, p. 541.—Montesinos, *Annales*, MS., año de 1539.—Gomara, *Hist. de los Ind.*, cap. CXLII.

(6) Caro de Torres copia una real cédula relativa al laboreo de las minas argentíferas de Porco, todavía poseidas por Hernando Pizarro en 1533, y otro documento casi de la misma fecha que habla de haber recibido Hernando diez mil ducados por la flota del Perú. (*Historia de Ordenes Militares*, Madrid, 1629, pág. 144.) El nieto de Hernando fue creado por Felipe IV, *marques de la conquista*, y obtuvo una gran pension del gobierno. Pizarro y Orellana, *Varones ilustres*, pág. 542, y *Discurso*, pág. 72.

(7) «Muitos da, Jupiter, annos,» el mayor bien, segun Pizarro y Orellana, que puede conceder el cielo. «Dióle Dios por todo el premio mayor desta vida, pues fué tan larga, que escedió de cien años.» (*Varones ilustres*, pág. 342.) Segun la misma autoridad, que es un tanto parcial, Hernando murió, como habia vivido, en olor de Santidad. «Viniendo á aprender á morir y saber morir, cuando llegó la muerte.»

porque rara vez puede satisfacerse impunemente una mala pasión. Pensó sobornar á los jueces con el oro del Perú. Había estudiado las debilidades del corazón humano, y de ellas esperaba aprovecharse. Afortunadamente se engañó. Vengóse en efecto; pero la hora de su venganza fue la de su ruina.

El estado de desorden en que se hallaba el Perú era tal que exigía la inmediata intervención del gobierno. Entre la general licencia que predominaba, los derechos del indio y los del español eran igualmente burlados. El asunto, sin embargo, ofrecía grandes dificultades; porque la autoridad de Pizarro se hallaba firmemente establecida en el país, y este demasiado lejos de Castilla para ser fácilmente vigilado desde la metrópoli. Pizarro además era hombre de no fácil acceso, seguro de su propia fuerza, incapaz de sufrir intervención alguna, y dotado de un carácter irritable, que se inflamaba á la menor señal de desconfianza de parte del gobierno. No convenía enviar una comisión para suspenderle del ejercicio de su autoridad hasta investigar su conducta, como se había hecho con Cortés y con otros grandes capitanes de América, en cuya arraigada lealtad confiaba enteramente la corona. Era de temer que la lealtad de Pizarro no tuviese las raíces suficientes para resistir los primeros movimientos de su impetuoso carácter; y no le faltaba gente turbulenta, que en caso extremo le habría aconsejado que se desentendiese de toda obligación á la corona y fundase para sí un gobierno independiente.

Era necesario, pues, enviar una persona que poseyese en cierto modo un poder superior ó á lo menos igual al del peligroso jefe; pero que ostensiblemente le estuviese subordinada. El elegido para esta delicada comisión fue el licenciado Vaca de Castro, magistrado de la real audiencia de Valladolid, juez instruido, hombre íntegro y prudente, y aunque no educado en el ejercicio de las armas, de bastante destreza y conocimiento de mundo para aprovecharse de los recursos de los demás.

Las precauciones con que se le dió esta comisión, muestran la perplejidad en que se hallaba el gobierno. Debía presentarse á Pizarro en clase de comisionado regio, para consultarle sobre reparación de agravios, especialmente respecto á los desgraciados indios; para tomar de acuerdo con él las medidas convenientes, á fin de evitar ulteriores males; y sobre todo para enterarse del estado del país en todos los ramos y enviar una relación exacta de todo á la corte de Castilla. Pero en caso de morir Pizarro debía presentar su nombramiento de gobernador y reclamar en nombre del rey obediencia de todas las autoridades del país. Los acontecimientos mostraron después la sabiduría con que se había previsto esta última contingencia (1).

El licenciado Vaca de Castro dejó su pacífica residencia de Valladolid y se embarcó en Sevilla en el otoño de 1540, y después de un incómodo viaje por el Atlántico, atravesó el Istmo, y acosado en el Pacífico por una serie de tempestades en que estuvo á punto de ahogarse en su frágil barco, hubo de arribar casi como naufrago al puerto septentrional de Buena Ventura (2). El estado de los asuntos del país exigía ya su presencia.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Gomara, Historia de las Indias, cap. CXLVI.—Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VIII, cap. IX.—Montesinos, Anales, MS., año de 1540.

Este último escritor ve nada menos que un «misterio divino» en esta previsión del gobierno, tan singularmente justificada por los sucesos. «Prevención del gran espíritu del rey, no sin misterio.» Ubi supra.

(2) O de la Mala Ventura como le llama Pedro Pizarro. «Tuvo tan mal viaje en la mar que vbo de desembarcar en la Buena Ventura, aunque yo la llamo Mala.» Descubrimiento y Conq., MS.

La guerra civil que últimamente había assolado el país, había introducido en los negocios tal desarreglo, que la agitación continuaba aun después de haber cesado la causa largo tiempo hacia. Esto sucedía especialmente entre los indios. En la violenta traslación de los repartimientos de un dueño á otro, los pobres indios apenas sabían á qué amo obedecer; y las terribles contiendas que se originaban entre los gefes rivales, les dejaban igualmente en duda acerca de quiénes fuesen los que disponían de las tierras. Respecto á la autoridad de un soberano común y superior á todos al otro lado de los mares, todavía la miraban con mayor desconfianza: ¿pues qué autoridad era esta que no podía hacerse obedecer ni aun de sus propios vasallos? (3) El Inca Manco no tardó en aprovecharse de estos sentimientos, y dejando la oscura soledad de los Andes, se estableció con fuerzas considerables en las montañas situadas entre el Cuzco y la costa. Desde su retiro hacia frecuentes escursiones á las plantaciones inmediatas, destruyendo las casas, dando muerte á los habitantes y llevándose los ganados. Otras veces caía sobre los viajeros que caminaban solos ó en pequeñas caravanas procedentes de la costa y les mataba, dicen sus enemigos, haciéndoles padecer crueles tormentos. Varios destacamentos fueron enviados contra él de tiempo en tiempo, pero sin fruto. De unos se salvó, á otros derrotó, y en una ocasión destruyó una partida de treinta sin dejar uno solo (4).

Por fin Pizarro creyó necesario enviar á su hermano Gonzalo con grandes fuerzas contra el Inca. El valiente indio salió muchas veces al encuentro de su enemigo en las asperezas de las cordilleras, y aunque comunmente era derrotado, y á veces con gran pérdida, se reponía con asombrosa facilidad, porque siempre lograba escaparse y le eran tan fieles sus soldados, que á pesar de la persecución constante que se le hizo y de las emboscadas que se le prepararon, siempre encontró un asilo seguro en las secretas escabrosidades de la sierra.

Viendo Pizarro que nada podía conseguir por la fuerza, procuró probar el efecto de las negociaciones pacíficas, y envió al Inca un mensaje en su nombre y en el del obispo del Cuzco, á quien el príncipe peruano respetaba mucho, invitándole á entrar en tratos (5). Manco vino en ello, é indicó, como había hecho antes con Almagro, para punto de reunión el valle de Yucaj. Presentóse allí el gobernador el día señalado, y para tener propicio al bárbaro monarca, le envió un rico presente por mano de un esclavo africano. Este esclavo encontró en el camino una partida de la gente del Inca, los cuales, no se sabe si por orden de su señor ó sin ella, le asesinaron cruelmente y se volvieron con el botín á sus cuarteles. Pizarro vengó este ultraje con otro todavía más atroz.

(3) «Piensan que les mienten los que acá les dicen que ai un gran señor en Castilla, viendo que acá pelean unos capitanes contra otros; y piensan que no hai otro rei sino aquel que venze al otro, porque acá, entrellos no se acostumbra que un capitán pelee contra otro, estando, entrambos debajo de un señor.» Carta de Valverde al emperador, MS.

(4) Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. VI, cap. VII.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Carta de Espinall, MS.—Carta de Valverde al emperador, MS.

(5) El Inca se negó á conferenciar con el obispo diciendo que le había visto tributos respecto á Pizarro quitándoseles el sombrero, lo cual, según él, probaba inferioridad, y por tanto no podría protegerle contra el gobernador. El pasaje en que esto se refiere es curioso. «Preguntando á indios del Inca que andava alzado, que si sabe el Inca que yo soi venido á la tierra en nombre de S. M. para defendellos, dixo que mui bien lo sabia; y preguntando que porqué no se benia á mi de paz, dixo el indio que dezia el Inca que porque yo cuando vine hize la mocha al gobernador, que quiere decir que le quité el bonete; que no queria venir á mi de paz, que él que no habia de venir de paz sino á uno que viniese de Castilla que no hiziere la mocha al gobernador, porque le parez

Entre los prisioneros indios se hallaba una de las mujeres del Inca, jóven y hermosa, á quien se decía que aquel monarca amaba mucho. El gobernador mandó que se la desnudase y se la atase á un árbol, y después en presencia de sus tropas la hizo azotar con varas y asañear hasta que murió. La desgraciada víctima sufrió la ejecución de la sentencia con sorprendente fortaleza. No quiso pedir merced á quien sabia que no había de concedérsela, y ni una queja y apenas un gemido se le escapó durante sus terribles tormentos. Los duros conquistadores quedaron asombrados al ver tanta resistencia en una mujer delicada, y manifestaron su admiración, al paso que condenaron la crueldad de su jefe... en lo íntimo de sus corazones (1). Sin embargo, la constancia en medio de los tormentos más atroces que la crueldad humana puede imponer, es el rasgo característico de casi todas las razas de América.

Pizarro entonces adoptó como el medio más eficaz para cortar estos desórdenes entre los indios, el fundar establecimientos en el corazón de los países desiertos. Estos establecimientos, que recibieron el nombre pomposo de ciudades, podían ser considerados como colonias militares. Componíanse de algunas casas, comunmente fabricadas de piedra, varios edificios públicos, y á veces una fortaleza. Organizáronse ayuntamientos, y se dió al mismo tiempo estímulo á la colonización, dándose grandes repartimientos de tierra con cierto número de vasallos indios á cada colono. Los soldados que así se establecieron iban acompañados de sus mujeres y familias, pues parece que las mujeres castellanas, en el ardor de su cariño conyugal ó en el deseo de aventuras romancescas, siguieron á sus maridos á pesar de los obstáculos que oponía la debilidad de su sexo. Así se levantó rápidamente en aquellas soledades una gran población que además de proteger el territorio circunvecino, servía de depósito comercial para el país y proporcionaba fuerza armada dispuesta en todo caso para mantener el orden público.

Tal fue la ciudad de Guamanga situada en mitad del camino entre el Cuzco y Lima, y que servía perfectamente para asegurar las comunicaciones con la costa (2). Fundóse también otra población en el distrito minero de Charcas bajo el nombre de villa de la Plata, que en efecto es el adecuado que podía dársele, y Pizarro al recorrer las playas del mar del Sur, dando un rodeo hacia Lima, echó los fundamentos de la ciudad de Arequipa que después ha adquirido tanta celebridad comercial.

Vuelto otra vez á su favorita capital de Lima, halló el gobernador abundante ocupación en arreglar los asuntos municipales y en proveer á las necesidades de su creciente población. No por eso se olvidaba de los nuevos establecimientos sobre el Pacífico. Dió estímulo al comercio con las remotas colonias del Norte á él que este lo podrá defender por lo que ha hecho y no otro.» Carta de Valverde al emperador, MS.

(1) A lo menos debemos presumir que así lo hicieron, pues le condenan abiertamente en sus narraciones. Cito á Pedro Pizarro que es de los menos dispuestos á criticar con severidad la conducta de su general. «Se tomó una mujer de mango ynga que él quería mucho y se guardó, creyendo que por ella saldría de paz. Esta mujer mandó matar el marquez después en Yucaj, haciéndola varenear con varas y flechar con flechas por una burla que mango ynga le hizo que aquí contaré, y entendiendo yo que por esta crueldad y otra hermana del ynga que mandó matar en Lima quando los indios pusieron cerco sobrela que se llamaba Acarpay, me parece á mi que nuestro Señor le castigó en el fin que tuvo.» Descub. y Conquista, MS.

(2) Cieza de Leon pondera la extraordinaria belleza y solidez de los edificios de Guamanga. «En la qual han edificado las mayores y mejores casas que ay en todo el Perú, todas de piedra, ladrillo y teja, con grandes torres: de manera que no faltan aposentos. La plaza está llana y bien grande.» Crónica, cap. LXXXVII.

del Perú, y adoptó medidas para facilitar el tráfico interior. Fomentó la industria en todos sus ramos, protegiendo particularmente la agricultura, y haciendo llevar simientes de diferentes granos europeos, los cuales en corto tiempo tuvo la satisfacción de ver crecer lozanos en un país donde la variedad del suelo y del clima presenta terreno á propósito para casi todos los productos (3). Sobre todo promovió el laboreo de las minas, que ya empezaban á dar tales riquezas, que los artículos más comunes de la vida subieron á precios exorbitantes, y los metales preciosos eran los únicos objetos que parecían de poco valor. Pero estos pronto cambiaron de manos y pasaron á la madre patria, donde se elevaron á su verdadero nivel al entrar en la circulación general de Europa. Los españoles vieron que al fin habían encontrado la tierra en cuya busca habían andado tanto tiempo, la tierra del oro y de la plata. Vinieron al país emigrados en gran número, y entendiéndose por su superficie formaron con su creciente población la más eficaz barrera contra los derechos de los verdaderos propietarios del terreno (4).

Fortalecido Pizarro con la llegada de nuevos aventureros, pudo ya fijar su atención en puntos más remotos del país. Envio á Pedro de Valdivia á su memorable expedición de Chile, y señaló á su hermano Gonzalo el territorio de Quito con instrucciones para explorar las comarcas desconocidas del Este, donde según se decía se criaba el árbol de la canela. Como este jefe que hasta ahora ha desempeñado un papel secundario en la conquista va de aquí en adelante á desempeñar uno de los más principales, no será fuera del caso dar alguna noticia de él.

Poco se sabe acerca de los primeros años de su vida, porque tuvo el mismo origen oscuro que Francisco, y parece haber debido tan poco como él al cuidado de sus padres. Abrazó desde muy jóven la carrera de soldado, carrera á la cual todo hombre, ya fuese caballero ó vagamundo en aquella edad de hierro, se sentía más que á otra alguna inclinado cuando se le dejaba seguir su voluntad. En ella se distinguió en breve por su destreza en ejercicios marciales. Era excelente jinete, y cuando pasó al Nuevo Mundo se le tenía por la mejor lanza del Perú (5).

En talento y en estension de miras era inferior á sus hermanos. Tampoco dió pruebas de poseer la misma política fría y astuta; pero era igualmente esforzado, y tan poco escrupuloso como ellos en la ejecución de sus medidas. Tenía gallarda presencia, amables facciones, aire franco y merced y genio abierto y confiado que le granjeaba la voluntad de sus tropas. Su espíritu era elevado y aventurero, y tenía el importante dón de inspirar á los demás las mismas ideas, asegurando por este medio el éxito de casi todas sus empresas. Era un excelente guerrillero y admirable jefe para expediciones difíciles ó de éxito dudoso; pero no tenía la capacidad de un gran general y mucho menos la que se necesita para dirigir los negocios civiles. Fue desgracia suya que se viese llamado á ocupar ambos empleos.

(3) «I con que ia començaba á haver en aquellas tierras cosecha de trigo, cevada i otras muchas cosas de Castilla.» Herrera, Hist. general, dec. VI, lib. X, cap. II.

(4) Carta de Carbajal al emperador, MS.—Montesinos, Anales, MS., años de 1559 y 1541.—Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conq., MS.—Herrera, Hist. gen., dec. VI, lib. VII, cap. I.—Cieza de Leon, crónica, capítulo CXXVI, et alibi.

(5) El caballero Pizarro y Orellana nos da noticias biográficas de cada uno de sus hermanos. No se necesita mucha perspicacia para descubrir en ellas que la sangre de los Pizarros corría en las venas del escritor hasta las yemas de los dedos. Sin embargo, los hechos que refiere son menos sospechosos que las consecuencias que deduce.